

LIBROS

Daniel Suevo y los "Servidores del garrote"

Autor de novelas, algunas premiadas, como "Corte de corteza" que recibió el Alfaguara; "Estos son tus hermanos", "La noche más caliente", y de cuentos —"La rebusca y otras desgracias", premio Leopoldo Alas, y "Toda la semana"—, así como de una obra que puede clasificarse como ensayo histórico, "El arte de matar", alegato a la vez contra la pena de muerte. Daniel Suevo, coruñés de 1931, licenciado en Derecho, graduado en Periodismo, especialista en Publicidad, dedica este año todas sus horas de trabajo a la literatura.

SUEIRO.—Por el momento estoy alejado de las historias de ficción para atender a temas más vivos. Me he comprometido en la preparación de un libro que no se atiene ajustadamente a ningún género, pues en él habrá investigación histórica, manejo de datos reales, periodismo, biografía, etcétera, y que se llamará «Servidor del garrote». Cualquiera puede imaginarse fácilmente en qué ha de consistir. En lo fundamental, estará constituido por el material obtenido a través de largas conversaciones, que he grabado en cinta magnetofónica, sostenidas con los tres verdugos actualmente en funciones. Me serviré también de los datos objetivos que se desprenden de un sinnúmero de sentencias que he consultado. He llevado a cabo una tarea enormemente laboriosa revisando archivos, actas de los acompañantes de una institución denominada «Hermandad, paz y caridad», la nómina de los ejecutados por garrote vil desde mil ochocientos hasta hoy. Luego he tenido que elaborar el montaje, ordenar el material reunido, establecer una estructura.

—El libro, ¿será un nuevo alegato contra la última pena?

SUEIRO.— Explícitamente, no; pero, por supuesto, del contenido, objetivamente con-

siderado, se desprenderá directamente una crítica y una condena. La descripción de los mecanismos que rigen en esta parcela de la administración de la justicia, las autobiografías de los ejecutores, la historia de este procedimiento genuinamente español, el relato escueto de su desarrollo, son elocuentes por sí mismos y no precisan ninguna apoyatura teórica, ningún juicio de valor. Se sabe muy bien, dicho sea de paso, que el abolicionismo gana cada día más terreno.

—El ensayista alemán Enzensberger, en "Política y delito", ha sostenido que la pena capital, se cumpla o no, es el instrumento esencial de toda soberanía; el poder supone el dominio absoluto de todas las vidas sobre las que se ejerce.

SUEIRO.—Por descontado, todas las sociedades humanas,

nemos. Además, si por una parte me divierte más este trabajo, por otra lo creo más útil, más fecundo para nuestra sociedad, que el desarrollo de relatos de ficción.

—Pero no has abandonado definitivamente la novela...

SUEIRO.—La mía es una deserción temporal. He viajado a Méjico no hace mucho para recoger datos con destino a una narración que también constará, por cierto, de elementos reales. Se basará en un episodio de los primeros días de la guerra. Será una novela-documental de gran envergadura.

—¿Seguirás la línea iniciada por Luis Romero?

SUEIRO.—No exactamente, aunque para mí lo hecho por Romero encierra el mayor interés. Habrá en mi obra, asimismo, elementos ficticios,

sus dificultades. Admiro sinceramente la calidad de su empeño, la vocación y la voluntad que han puesto en su trabajo.

—Tu novela "Corte de corteza" supuso en ti un apartamiento de las formas académicas, una incursión en el abrupto territorio del experimentalismo.

SUEIRO.—En parte, sí; pero mientras otros se recrean en el juego de la invención formal yo partía de una ficción absurda, de una manera deliberada para decir ciertas cosas. Yo desdeñé el hermetismo, la literatura para unos pocos; aspiro llegar a la mayoría. He abandonado la novela llamada «social» porque entendí que ya no era útil, que ya no contaba con lectores. Es una perogrullada, pero hay que recordar que escribimos para ser leídos.

—¿Cuál es la fórmula más adecuada para este tiempo?

SUEIRO.—No hay fórmula, creo. Por mi parte, quiero guardar a la realidad una fidelidad rigurosa. Por poner un ejemplo: he escrito varios cuentos localizados en el mercado de Legazpi. Y recuerdo que al redactarlos me asaltaban, a veces, dudas sobre el escenario. Me preocupaban cosas mínimas, como el sol, el ambiente de las tabernas, las moscas. Entonces salía de casa, tomaba el Metro y verificaba sobre el terreno los datos que tenía en la memoria. ■ EDUARDO G. RICO.



Daniel Suevo.

hasta hoy, se alzan sobre la base de una violencia original.

—Tu labor hay que adscribirla a la ciencia más que a la literatura.

SUEIRO.—Esencialmente, sí; aunque he de reconocer que también he utilizado recursos literarios y, como ya he dicho, periodísticos. Prefiero trabajar sobre datos científicos que inventar historias. Me entusiasma la tarea de investigar. Los de mi generación, a un que universitarios, hemos sido autodidactas por obvias razones, y no es raro que al descubrir los secretos de la investigación nos apasio-

unque descansen en un marco rigurosamente histórico. Ya dispongo de un material abundantísimo.

—¿Qué piensas de la situación actual de la novela española?

SUEIRO.—Veo dos nombres, que representan dos modos de hacer muy respetables ambos. Primero, el del malogrado Ignacio Aldecoa, un metódico trabajador del género, un constructor palabra a palabra. Después, el de Juan Goytisolo. Goytisolo, o la pasión de novelar. Expresan dos comportamientos ante la novela, dos enfrentamientos distintos con

Nuevo Beckett

Prosiguiendo la empresa de poner en manos de los lectores españoles la obra novelística completa de Samuel Beckett, Editorial Lumen publica ahora "Watt" en la colección "Palabra en el tiempo". Tanto "Watt" como "Murphy"—las dos primeras novelas de este autor— han sido escritas originalmente en inglés. Andrés Bosch, traductor de "Watt", ha realizado la versión castellana sobre la redacción inicial, pero ha consultado también la traducción francesa, siguiéndola en algunas alteraciones.

Beckett es, como se sabe, el novelista de la negatividad. Se define como escritor por lo que niega, y niega todo un sistema de valores en lo moral, niega la estructura de la lógica formal, parodiándola en su discurso, y niega y pulveriza una preceptiva que, desde Kafka, ya no podía ocultar su vulnerabilidad. Pone asimismo en tela de juicio la validez de la noción de tiempo, e ironiza implícitamente en torno a las técnicas narrativas del costumbrismo y del naturalismo, anticipándose en esta crítica a la aparición de la forma más extrema del último: el "nouveau roman". Nos proporciona, pues, una versión de la realidad fuertemente original y de difícil admisión por parte del lector medio, limitado por hábitos profundamente arraigados. No nos proponemos subrayar, porque estaría de más, la importancia de la publicación en castellano de la obra de Beckett, en la cual "Watt" ha jugado un papel considerable, pero si destacaremos la posibilidad que nos ofrece de llevar a cabo una operación de asepsia rigurosa contra el "espíritu de seriedad" con que nos amenaza cierta literatura. ■ E. G. R.

Economía y socialismo

La posibilidad o no de un cálculo correcto y científico en la asignación de los recursos de la manera más eficiente en una economía socialista ha sido hasta hoy, y todavía lo es, una de las cuestiones más importantes de divergencia entre los economistas de ambos bandos ideológicos. La ausencia de mercado en una economía socialista, con la correspondiente falta de precios significativos y orientadores de la producción se manifiesta como un obstáculo insalvable en la elaboración de las funciones de producción más idóneas.

Las posiciones de los economistas de ambas tendencias han ido poco a poco elaborándose, discutiéndose y refutándose hasta llegar al actual proceso de decantación académica, en que, según Oskar

Lange, la obtención de los precios por el procedimiento de prueba y error en la Comisión Central de Planificación directora de una economía socialista no tiene en absoluto nada que envidiar en perfección a la determinación llevada a cabo en el mercado, más o menos libre, de una economía capitalista.

Los ataques iniciales de estos últimos economistas, unidos a una no muy acertada orientación del problema por parte de los propios economistas marxistas, han contribuido al confusiónismo en que esta parcela del análisis teórico se encontraba hasta hace muy poco.

La postura inicial, totalmente en contra de la racionalidad de una economía colectivista, corresponde a Misses, al afirmar que como en el socialismo no existen precios, y sus precios orientadores — y únicos orientadores — es imposible funcionar, el socialismo es inviable. Lange responde, por su parte, que pueden existir precios contables tan perfectamente orientadores como los elaborados en un mercado competitivo. Sin embargo, Misses no cree que los precios contables estén exentos de arbitrariedad y, por tanto, no son efectivos.

Una nueva línea de ataque por parte del pensamiento capitalista corresponde a la que, admitiendo premisas inicialmente negadas y buscando la línea de menor resistencia en la polémica, cree en las posibilidades teóricas de los precios contables, pero sólo teórica, afirmando la imposibilidad práctica de la solución simultánea de ciento o miles de ecuaciones que la Comisión Central deberá resolver para encontrar una solución al problema. Lange concluye que, mediante el citado proceso de «prueba y error», se puede hacer práctica la solución.

Por parte de los economistas marxistas el problema ha sido quizá deficientemente tratado, al centrarlo en puntos inadecuados, o bien se creía que la cuestión no debía analizarse hasta que los mismos socialistas se hubieran adueñado del Estado, o se pensaba que el socialismo es inevitable y, por tanto, el problema se iría planteando y resolviendo por la misma naturaleza de las cosas; o, por fin, al considerar el marxismo como una necesidad de la acción, concentrando sus esfuerzos en la actividad política. Todos estos enfoques son considerados erróneos por Lange, afirmando que «una socie-

dad que no use el cálculo económico está condenada a un bajo nivel de vida».

En el actual estado del debate, cincuenta años después de iniciada la polémica, el telón de fondo ha cambiado por completo, y si antes lo inviable parecía el socialismo, ahora «la carga de la prueba» de la efectividad, racionalidad y justicia corresponde realizarla a la economía capitalista.

Un resumen preciso de la polémica, con algunas consideraciones prácticas como las del paso del capitalismo al socialismo, se recoge, a través de esta reunión de artículos de diferentes autores, en la colección quincenal de Ariel. ■ A. L. M.

“El cálculo económico en una economía socialista”. M. DONA. ARIEL. Madrid, 1970. Ariel quincenal.

“Sobre la teoría económica del socialismo”. OSKAR LANGE y FRED M. TAYLOR. ARIEL. Madrid, 1970. Ariel quincenal.

Elsa Triolet. Una nostalgia entre dos culturas

En la localidad francesa de Saint-Arnoult-en-Yvelines, don-

de vivía con su esposo, Luis Aragon, acaba de morir, el 16 de junio, Elsa Triolet. Hermana de Lili Brik, que tan apasionadamente amó al poeta y dramaturgo ruso Mayakovski, Elsa sirvió de puente no sólo entre dos culturas, sino también entre dos concepciones políticas del mundo. Desde su encuentro con Aragon (1928), la trayectoria del gran poeta francés se orienta hacia un mayor realismo. Luis Aragon defendió hasta el último momento la obra de su mujer, con más ardor incluso que la suya propia. En la primavera de 1968, ambos a dos se reencuentran ante la aparición de una biografía de Mayakovski en Moscú (revista «Ogoniok»), donde se afirma que Lili Brik no era el único gran amor del escritor ruso. Dos meses más tarde, los tanques rusos entran en Praga. Aragon y Elsa Triolet se pronuncian contra la intervención soviética. En Moscú, Lili Brik, antes víctima de las purgas estalinistas del 30, vive en un aislamiento mayor cada día. Tales acontecimientos tenían necesariamente que influir en la salud de Elsa Triolet, de la que Aragon había ya dicho que estaba «quemada por la vida».

Extractamos de «Oeuvres romanesques croisées», de Aragon y Elsa Triolet, los párrafos en que la escritora — y miembro femenino de la pareja literaria más célebre de Francia — narra su encuentro con el que había de ser su marido, Luis Aragon.

«Dejé Rusia en mil novecientos dieciocho para casarme con un francés (André Triolet) que no hacía versos. Le había encontrado en Moscú, mi ciudad natal, en 1917. Al marchar estaba segura de regresar bien pronto, el tiempo justo de hacer un viaje. No sabía aún que el destino es la política y, si bien me daba cuenta de la importancia de la Revolución de Octubre, no hubiera podido soñar por entonces que las puertas de mi país serían cerradas a cal y canto. Así es como yo he sido lanzada por la vida a un océano de nostalgia».

«Había leído “Le paysan de Paris”; nada podía serme más cercano, más mío, más parlante (como se dice en ruso), por lo que quise conocer al hombre que lo había escrito. Te encontré y me quedé en Francia. Esto era en mil novecientos veintiocho».

«En mil novecientos treinta fuimos a Moscú, juntos por primera vez. Mayakovsky acababa de suicidarse, estaba allí mi hermana...».

Elsa Triolet, junto al poeta Luis Aragon, habría de luchar duramente con el lenguaje, entre el francés y el ruso. Llegó a escribir primero en ruso, para traducir luego su libro al francés. Hasta que se decidió: «Es necesario que me lance al francés». Tras im-

probos esfuerzos, de «sufrimientos físicos» — como ella dice —, llevó su manuscrito a Robert Denoël y comenzó a leer las primeras páginas en su presencia. «Me interrumpió —diría más tarde—: “Ya está visto. Lo envío a la imprenta”».

«Bonsor, Thérèse» fue su primera novela en francés, en 1938. Diez años más tarde publicaría «Camouflage»...



Tras Elsa, Luis Aragon.

TEATRO

Estreno de “Los niños”, Premio Lope de Vega

Es difícil, muy difícil, hablar de “Los niños”, último Premio Lope de Vega, estre-

nado el 19 de junio último. Antes de entrar en el análisis de la obra y del espectáculo, el crítico, ni malicioso ni benevolente, ha de hacerse una serie de preguntas. De preguntas que quizá impidan llegar, como sería siempre deseable, al examen desapasionado del hecho teatral.

Sorprende un poco, por ejemplo, que un Premio Lope de Vega sea estrenado en el mes de junio. No acaba de entenderse por qué en el Español se han repuesto, a lo largo de la temporada, viejos títulos o se han hecho montajes académicos sin ningún interés, mientras se ha marginado la obra de un autor joven, de un autor nuevo, que pretendía, con mayores o menores aciertos, plantear una serie de preguntas saludables y de interés social y ético. Ciertamente, según me han contado, se ha producido una serie de incidentes en torno a las “fotografías” solicitadas por el montaje, que han retrasado el estreno casi un par de semanas. Poco va, sin embargo, del 4 al 19 de junio, fechas que pertenecen ya a la agonía de la temporada y que resultan estruendosamente inoportunas para estrenar el primer premio teatral oficial de España y para presentar a un nuevo autor. Hecho este último, por otra parte, cada vez más misterioso, insólito e imprescindible en los procesos de renovación teatral española.

También es triste que el estreno se haga con muchas filas y palcos vacíos, con las localidades altas cerradas a cal y canto, mientras en las taquillas no se vende una sola localidad. El estreno resulta así un hecho formulario, el cumplimiento de una de las bases establecidas en el concurso, pero nunca ese acontecimiento vital y teatral que es propio de un premio, de un autor joven y de una obra que posee, en su tema y en su estructura teatral, una positiva carga polémica.

Finalmente, y quizá sea lo más desconcertante, está el problema de las fotos. Me parece lógico que el teatro Español, en la medida que es un teatro oficial, intente evitar determinadas manifestaciones en su escenario. Entiendo muy bien que no se le permita al montaje adquirir un incómodo signo concreto no esbozado en el texto. Comprendo que si éste hace alusión a unas fotografías generales sobre temas de la violencia contemporánea, la dirección del teatro nacional se resista, en estos momentos, a que tales fotografías giren en torno a la infinita actividad de los soldados norte-